en cimientos clásicos y resistentes. De ahí que, indudablemente, este libro representa un aporte que nos hace avanzar en la comprensión de la verdad, a la cual sí podemos llegar. En palabras del autor: "El deseo de la comprensión no es solo una aspiración sentimental; es una exigencia del mismo ser, porque el ser está hecho para ser comprendido. […] Si todo es, todo es verdad, y todo es, por tanto, susceptible de conocimiento" (p. 24).

Actualmente, "como siempre, el amor a la verdad es el verdadero camino de una profunda libertad" (p. 191).

Melissa Llauce Ontaneda. Universidad de Piura
cynthia.llauce@udep.edu.pe

GONZÁLEZ, ANA MARTA
Descubrir el nombre. Subjetividad, identidad, socialidad, Comares, Granada, 2021, 309 pp.

Kant describe a los escépticos como una "especie de nómadas que aborrecen todo asentamiento duradero y destruyen la unidad social". Es lo contrario de lo que muestra la ya larga y aquilatada obra de Ana Marta González. En su último libro se propone aclarar la naturaleza de la relación entre subjetividad, identidad y socialidad "como un modo de contribuir a una reflexión más amplia sobre el significado de lo humano, en un momento en el que esta cuestión, en especial la diferencia entre lo humano y lo no humano, adquiere una renovada actualidad" (p. 1). Guiada por un *ánimo más constructivo que polémico*, la autora dialoga con las voces más reconocidas del pensamiento, atendiendo a las aportaciones procedentes de distintas tradiciones no solo filosóficas, sino también sociológicas y lingüísticas.

El libro se estructura en cinco partes. En primer lugar, se aborda la subjetividad desde una perspectiva ontológica: la experiencia de la interrupción y reanudación de la conciencia es signo de su finitud. Pero, "si a pesar de lo reiterado de esta vivencia mantenemos un sentido del yo, es solo porque nuestra conciencia inhiere

en un sujeto que no es todo él conciencia. Esto justifica la distinción entre conciencia y subjetividad" (p. 13). En la parte II, se aborda la subjetividad desde una perspectiva genética: el acento se traslada a los factores naturales y sociales que, presupuesta la capacidad racional, posibilitan el despliegue de la subjetividad humana (p. 14). La Parte III persigue esclarecer los distintos sentidos del término "identidad", tratando de profundizar especialmente en lo que llamamos "identidad personal" y en el modo en que ésta se hace o no presente en el "nombre". La parte IV explora la relación entre praxis y socialidad de la mano de Kant y Aristóteles, profundizando en el anclaje relacional de la conducta práctica subrayado por la sociología contemporánea. La parte V explora la cuestión del autoconocimiento, que constituye un modo clásico de plantear la preocupación contemporánea por la identidad: la conversación interior.

Como puede verse, el libro aborda un amplio espectro de cuestiones, siendo la más polémica la identitaria. Convertida en ariete para todo tipo de reivindicaciones ha inspirado desarrollos normativos que han modificado el discurso político, "donde la identidad suele presentarse adjetivada —como identidad de género, identidad nacional, identidad religiosa—" (p. 2). ¿Está justificada la preocupación por la identidad? ¿Por qué domina el pensamiento y la cultura política y artística contemporánea? ¿Es un mero rasgo de nuestro tiempo o es constitutiva de nuestro ser?

La aspiración identitaria, como subraya A. M. González, nace del deseo de verdad. Aunque parece recién llegada al debate político y antropológico, la antigua máxima griega, "conócete a ti mismo", atestigua la exigencia de verdad como medida de la comprensión ética del ser humano. El ejercicio de introspección, de autoexamen, como pieza primordial de la educación moral es el signo de una intimidad que se descubre principalmente en la pregunta ¿quién soy? y se interpreta a través de las melodías y palabras prestadas.

Porque la subjetividad se manifiesta tanto ante sí misma como ante los demás, González examina la socialidad lingüística no como un rasgo de especie que diferencia la comunidad humana de otras formas de relación colaborativa: es la condición de posibilidad del sí mismo más propio de cada individuo. Por eso, afirma, las acciones y

palabras "autorizan a referirnos al ser humano como un sujeto que, aunque no se conoce plenamente, alcanza a reconocerse en deuda con otros, con la sociedad y la cultura que le preceden, un sujeto que, además de receptivo y paciente, se sabe también activo y agente de muchos cambios, de los que al menos en parte se sabe responsable, y que contribuyen a configurarle tanto a él mismo como al mundo" (p. 6).

Advertir la radicación histórica y lingüística de la subjetividad humana, que no sea una subjetividad desencarnada, plantea nuevas preguntas: ¿Somos antes seres sociales que sujetos? ¿Es la comunión de vida e intereses el requisito para el pensamiento propio, para la asunción de la dignidad de agentes libres y responsables? Como ha señalado repetidamente el pensamiento contemporáneo, en la aspiración identitaria se contiene "el deseo no solo de configurar una subjetividad coherente, sino también de ser reconocido precisamente en los términos definidos por dicha subjetividad" (p. 281).

Al experimentarnos de distintos modos como sujetos activos y pasivos, eficientes y vulnerables, advertimos que la conciencia, concomitante o refleja, es un rasgo constitutivo de nuestra actividad: "conocer que conocemos, conocer que queremos, pero también "querer conocer" o "querer querer" son privilegios del ser racional, por los cuales al sujeto humano le es dado volver sobre sí mismo" (p. 7). Más aun, la conversación interior *sustancializa* nuestro ser, si se puede hablar así. Una conversación que se sirve de la escritura como ejercicio de auto-aclaración mediante la cual el yo acierta a poner en palabras su propia experiencia, arrojando luz sobre ella. Pero, la escritura siempre llega tarde. González subraya que, ciertamente, alcanzamos una mejor comprensión de nosotros mismos a través de los relatos identitarios que dan consistencia a la memoria, donde todavía somos lo que hemos sido. Pero no somos nuestros relatos, no somos nuestra biografía. Por más que lo pretendamos, la autoconciencia no agota todo nuestro ser, que la precede en muchos aspectos. En cierto sentido, se puede decir que somos más de lo que sabemos que somos, pero conociéndonos devenimos más plenamente nuestro ser. La autoconciencia es siempre una conciencia inadecuada. Siempre queda algo de ser fuera de la autoconciencia.

Al tratar de arrojar luz sobre su propia experiencia, el sujeto descubre que una parte de sí mismo se esconde a su propia mirada, pero también que el conocimiento que, en el curso de la experiencia puede alcanzar de sí mismo, solo progresa en contextos relacionales, particularmente en las relaciones de amistad (p. 282).

Entonces, ¿cómo y por qué mantener la ficción de la conciencia vigilante que sirve al despliegue de la identidad personal si hay algo que necesariamente queda fuera de su iluminación, si además ella es modificada, transformada, por la autorreflexión? Tal vez porque solo así entendemos que somos "una subjetividad transida de potencialidad, que se percibe a sí misma distendida en el tiempo, afectada y urgida por su entorno de distintas maneras; una subjetividad, por tanto, que no comprende única ni primariamente las prerrogativas de racionalidad y libertad a las que debemos los rendimientos universales de la ciencia y la moral, sino que comprende también la vivencia de la propia corporalidad y otras vivencias intencionales de tipo afectivo y práctico a las que debemos nuestra inmediata orientación en el mundo; una subjetividad, en definitiva, que no puede recogerse en sí misma en un acto de reflexión perfecta, sino que se desdobla y se auto-trasciende en obras y palabras, por lo cual permanece para sí en gran medida como una incógnita, que solo cabe descifrar interpretando aquellas obras y palabras mediante las que se expresa ante sí misma y ante los demás" (p. 279). La última clave que nos ofrece la autora es entender el autoconocimiento como un don escatológico, no como un resultado del propio esfuerzo (p. 275).

Lourdes Flamarique. Universidad de Navarra
lflamarique@unav.es

Jiménez, Lydia (dir.)
John Henry Newman, testigo y maestro, Fundación Universitaria Española, Madrid, 2021, 252 pp.

John Henry Newman, *testigo y maestro* es una obra compuesta por doce capítulos, además de un prólogo escrito por la Vicepresidenta